



MASIÁ CLAVEL, J., *Tertulias de bioética. Manejar la vida, cuidar a las personas*. Trotta, Madrid, 2006, 248 pp.

Por José A. Martínez Martínez



En marzo del año pasado, en el suplemento dominical de un periódico de tirada nacional podía leerse una entrevista precedida de la siguiente información: «El jesuita Juan Masiá, una autoridad en biogenética, vive estos días la zozobra de la fama tras el secuestro eclesiástico de su libro 'Tertulias de bioética. Manejar la vida, cuidar a las personas', y tras su expulsión de la cátedra de Bioética de la Universidad Pontificia de Comillas. Masiá enseñó durante décadas en la Universidad de Sophia, en Japón, y fue asesor de la Conferencia Episcopal nipona. Pese a la censura, su libro se reeditará en los próximos días.» Por las respuestas del entrevistado a preguntas del entrevistador conocemos el motivo por el que se prohíbe la reedición del libro y se le cesa como director de la cátedra de Bioética: el libro y algunos artículos causaron malestar en la Conferencia Episcopal española. Así lo entiende y explica Juan Masiá: «Imagino que el enfado se produjo por la serie de conferencias y artículos. El libro sale en octubre [del año pasado] con las debidas licencias, y me dijeron algunos: "Va a pasar algo". Efectivamente, en octubre, Romero Pose [obispo auxiliar de Rouco y responsable de la Comisión Doctrinal en España] le dice al rector de la Pontificia de Comillas que lo del libro de Masiá "o lo arregláis vosotros o lo arreglamos nosotros". Esa frase es voz común, la han oído otros, yo no. Pero nadie me dice nada; sí a la editorial por lo de la licencia eclesiástica y la prohibición de reeditar el libro.» La razón de fondo no es otra que la aversión hacia el pluralismo de quienes están al frente de la jerarquía de la "Iglesia oficial", que no permiten disenter de las doctrinas establecidas por ellos a quienes son y se sienten también Iglesia, y que no han tolerado que Masiá sostenga una postura y defienda unas argumentaciones sobre el sexo diferentes de las admitidas oficialmente. Todo ello, además, hecho sin atenderse a las formas más elementales, de muy mala manera, con ausencia total del procedimiento debido. En esa entrevista también se informa de la próxima nueva



edición del libro que ha provocado la polémica y el castigo de su autor: «Así que la editorial Trotta, después de confirmar que Sal Terrae no lo reedita, me contacta y decide publicarlo. Sale ahora, estos días.»

Seis meses después, Juan Masiá intervenía en el 26º congreso de la Asociación de teólogos Juan XXIII, dedicado a debatir sobre “Cristianismo y bioética”, como indicaba el título bajo el que tuvo lugar. En la conferencia de clausura del mismo, el todavía asesor de la Conferencia Episcopal de Japón se refirió al estado de los debates que en torno a la bioética se dan dentro de la Iglesia católica y fuera de ella. Habló de la existencia de varios tipos de bioética: la que sostiene una confesionalidad beligerante que no favorece la vida que desea proteger, la que es partidaria de una laicidad aconfesional y en ocasiones antirreligiosa, y la que pretende adoptar posturas de compromiso a través de vías de consenso. Son éstas modalidades de la bioética adjetivadas como “confesional”, “laica” y “consensuada”, respectivamente. Por entender que ninguna de estas concepciones ayuda a la bioética, J. Masiá propone una alternativa a las mismas, que denomina “cuarta vía”, la consistente en una búsqueda ética, sin adjetivos, preocupada del cuidado de la vida. Vía en la que se sitúan bioéticos españoles como Diego Gracia, Marciano Vidal, Francesc Abel y Eduardo Gómez Azpitarte, así como el fallecido Javier Gafo, y en la que cabe inscribir centros de bioética como el Instituto Borja, de Barcelona, la Cátedra Andaluza de Bioética, de Granada, y la misma Cátedra de Bioética de Comillas, de Madrid. Bioéticos y centros que intentan aunar ciencia, pensamiento y conciencia, sin impedir consultar y atender a referentes religiosos en la búsqueda de valores. Ilustró el modo de proceder de esta “cuarta vía” refiriéndose, antes de acabar su intervención en el acto de clausura del congreso, al método por él empleado: Confrontar la relación entre creencias y ciencias, entre bioética y religiones, cuya posible integración resumía en las dos tesis siguientes: «Primero, las religiones pueden sumarse al movimiento de diálogo interdisciplinar de la bioética, en la búsqueda común de valores, pero sin arrogarse el derecho de intromisión para dictar normas de moralidad a la sociedad civil. Segundo, la bioética puede sumarse al movimiento de diálogo interreligioso para ayudarle a transformar, a la vista de nuevos datos, sus paradigmas y conclusiones, pero sin imponer interpretaciones de sentido sobre la vida y la muerte, el dolor, la salud y la enfermedad,...» Relación que con la teología católica reciente ha funcionado, según Masiá, bien en los asuntos relacionados con los transplantes de órganos, regular en los problemas que se refieren a la limitación del esfuerzo



terapéutico, y mal tanto en los debates sobre la reproducción asistida o la investigación con células madre como sobre cuestiones en torno a la sexualidad.

Es desde la perspectiva y según la concepción de la bioética que propone esa otra vía alternativa como hay que leer y entender los trabajos recogidos en *Tertulias de bioética. Manejar la vida, cuidar a las personas*. En especial los que aparecen en la última parte del libro, la cual se hace necesaria entre nosotros, pues «obedece ? afirma el autor? a la necesidad de establecer puentes, en este país, entre las dos mentalidades extremas que dificultan el diálogo en el interior del mundo eclesial.» Dificultad añadida a la que Masiá apunta al referirse comparativamente a los lugares en que ha trabajado: «Pero la tarea bioética en mi país era más difícil que en Japón. Obviedades teológicas en otros lugares parecían propuestas audaces al ser leídas por mentalidades inquisidoras. En cambio, vistas con lentes no religiosas, resultaban insuficientes. A unos les parecía que olían demasiado a sacristía, mientras que los otros detectaban tufillos infernales.» El título del volumen se debe al origen de los materiales que en él se publican, procedentes en su mayor parte de tertulias, charlas y grupos de debate, que se desarrollaron en Murcia, Tokio y Madrid, entre la última década del siglo pasado y el primer lustro del siglo actual, en que se pensaba en común sobre la vida y se dialogaba con seriedad científica y mentalidad abierta, tomando en consideración los diferentes puntos de vista que las ideas y las creencias de los participantes permitían manifestar y compartir sobre los problemas planteados. El subtítulo obedece al propósito irrenunciable de la bioética en dos de sus retos actuales: manejar la vida, haciendo un uso responsable de la tecnología, y curar las enfermedades, cuidando a las personas. En el libro el autor ha reunido aquí materiales y documentos misceláneos: resúmenes de charlas, crónicas de debates, artículos y ensayos, ordenados y clasificados en torno a los módulos de un curso de bioética: introducción antropológica; bioética laica y perspectivas religiosas; salud y enfermedad; comienzo y fin de la vida; ecoética y justicia.

En efecto, la I parte, "Vivir, convivir y elegir", es introductoria y consta de un capítulo sobre antropología y otro sobre bioética; la II parte, "Creer y pensar", relaciona los enfoques de la secularidad con los de la perspectiva religiosa; la III parte, "Manipular y valorar", profundiza en algunos aspectos relacionados con la introducción a la bioética; las partes IV y V, "Engendrar y procrear" y "Ser concebido y nacer", abordan temas y problemas sobre el comienzo de la vida; la VI parte, "Enfermar y



sanar", se refiere a situaciones difíciles y posibles remedios concernientes a la enfermedad y la recuperación de la salud; la VII parte, "Explotar y cuidar", ofrece unas notas sencillas de ecología y ética; la VIII parte, "Perecer y morir", trata de cuestiones relacionadas con el final de la vida; y la IX parte, "Sentir y disentir", se ocupa de una problemática particular dentro de ámbitos creyentes, cual es la recepción correcta, la interpretación crítica y la fiel aplicación creativa de las recomendaciones del magisterio eclesiástico sobre bioética, que se encuentran en documentos o declaraciones de instancias religiosas: se intenta evitar la exageración de algunas bioéticas y no convertir en cuestiones políticas o religiosas unos problemas y conflictos que han de ser examinados e investigados, tendiendo a su mejor resolución, desde la ciencia y la ética.

Me parece pertinente transcribir unos textos de algunos capítulos, para que se pueda reconocer en su propia literalidad el espíritu que inspira las reflexiones y alienta las propuestas del autor.

Ante la existencia de dos posturas éticas enfrentadas en relación con cuestiones sobre la vida humana, escribe: «La primera es una ética de sólo frenos, demasiado negativa, que se limita a dictar prohibiciones. La segunda se pasa por el extremo opuesto: da por supuesto a la ligera que todo lo que se puede hacer técnicamente se debe hacer. Una postura equilibrada tiene en cuenta el doble aspecto, técnico y humano, de los problemas y busca enfoques alternativos.» Lo que, al rechazar por igual el paternalismo religioso y el laicismo antirreligioso, le lleva a sostener que «tendríamos que conjugar la ética de mínimos de la sociedad civil con las aportaciones, en forma de propuestas de ética de máximos, de las tradiciones religiosas.» Búsqueda de equilibrio que hace patente en el tema de los tratamientos médicos en torno al final de la vida: «Cuando los recursos de prolongación de la vida se usan para prolongar inútilmente la agonía, se cae en la equivocación de hacer un ídolo de la duración de la vida biológica. En el otro extremo, matar por compasión es homicidio y matar a petición de la persona es cooperar al suicidio.» Y después de enunciar los criterios fundamentales para «ayudar a quien va a morir a vivir bien mientras se muere», insiste en el enfoque alternativo y equilibrado: «Dejar de administrar los analgésicos indicados y necesarios, por miedo a que se acelere la muerte, es mala práctica médica. Utilizar más recursos de los indicados y necesarios, con el fin de acabar con la vida del paciente, es también mala práctica médica. Una



vez más el término medio del sentido común humano y de sentido de fe cristiana.» (Capítulo 5, II parte, pp. 32-33.)

A la pregunta de un monitor de educación afectiva sobre si es adecuada la moralización de los jóvenes como se está haciendo hoy, responde: «No sé si al hacerme esta pregunta estás usando la palabra "moralización" en un sentido bueno y positivo. Si quieres decir que les ayudemos y acompañemos en su camino de crecimiento para que vayan pasando de la moral infantil a la de adultos, de la moral aprendida en la infancia (heterónoma) a la moral apropiada personalmente (autónoma), entonces contestaría que sí. Pero si por moralización se entiende inculcar moralismo adoctrinando (sin dejar pensar y sin dejar crecer), es decir, "moralismo" en sentido peyorativo, inculcar "desde fuera" y "desde arriba" una moral de mandatos y prohibiciones, entonces creo que está claro que no debemos hacerlo. Eso sería impedir su crecimiento razonable y responsable. Hay que evitar dos extremos: la "ética de sólo freno" y la "no-ética de sólo acelerador". Ayudemos a manejar el volante y el cambio de marcha, sentados en el asiento del copiloto...» (Capítulo 13, IV parte, pp. 77-78.)

Al tratar de la clonación humana, y poniéndola en relación con la manipulación de la opinión, se refiere a la clonación de las mentalidades y las costumbres, o "clonación metafórica", en los siguientes términos: «A algunos moralistas exagerados, con pocos conocimientos de biología, les asusta la clonación terapéutica y se oponen a ella diciendo: "Todos fuimos embriones". Inexacto; pues, aunque es cierto que vengo de un embrión, cuando era embrión todavía no era yo. ¿Es coherente esta preocupación por la manipulación de pre-embryones con la complicidad e incluso justificación de otras manipulaciones ideológicas, ya sea políticas, religiosas o morales? En todo caso, a mí me preocupa más la clonación que he llamado metafórica, no ausente tampoco de ciertos posicionamientos eclesiales. Por eso, ante la manipulación ideológica o mediática, sigo repitiendo: "Todos somos clones".» (Capítulo 20, V parte, p. 122.)

Abordado el tema de la responsabilidad humana para con el conjunto de la biosfera, se decanta por un planteamiento que presuponga una concepción antropológica y cosmológica radicalmente humanizadora, que no siempre está presente en las actitudes desde las que nos acercamos a los problemas ecológicos y eco-éticos: «Desde la actitud consumista, es imposible dicho planteamiento, ya que



prevalece el egoísmo utilitario. Nada resuelve el extremo opuesto: la actitud romántica. Necesaria, pero insuficiente, es la actitud burocrática: se pone un letrero pequeñito, avisando que un producto contamina, pero se lo sigue vendiendo, aunque con algunas restricciones. Cuando la preocupación administrativa y burocrática se junta con la de una tecnología responsable, se abren nuevas vías; por ejemplo, se insiste en resolver con una tecnología mejor y menos contaminadora los problemas ecológicos creados por otras tecnologías. Pero para ello hacen falta medios económicos y voluntad política de hacerlo. Se remite de nuevo el problema a decisiones humanas. Por eso es ineludible, últimamente, un cuestionamiento antropológico y filosófico radical que no deje de preguntarse adónde vamos, por qué y para qué, y cómo vamos a recorrer ese camino sin deshumanizarnos.» (Capítulo 24, VII parte, p. 154.)

Desconcertado por los extremismos de los debates éticos que se producían en el otoño de 2004, meses después de su vuelta de Japón, J. Masiá escribió un artículo titulado "Exageraciones en mi país", el cual desencadenó la caza de brujas que culminó con su cese fulminante en la Cátedra de Bioética de la Universidad de Comillas, dos meses antes de cumplir la edad de jubilación. Tras afirmar que le llama «la atención la intromisión inoportuna de instancias eclesásticas para dictar moralidad a la sociedad civil», acostumbrado a vivir en una sociedad civil, plural y democrática, secularizada y laica, como la japonesa, dice estar sorprendido por «los malentendidos sobre ética o sobre iglesia y sociedad en nuestro país. Por ejemplo, el caso, mitad cómico mitad anacrónico, en torno al preservativo; uno no sabe si reír o llorar. Ni siquiera tenía que ser problema. No sólo como prevención de un contagio, sino como anticonceptivo corriente, se puede usar para evitar un embarazo no deseado y evitar el aborto. Hace mucho tiempo que la teología moral seria ha superado ese falso problema. Aunque diga lo contrario un dicasterio romano o los asesores de una conferencia episcopal, o los que redactan para el papa un discurso, se puede disentir en la iglesia por fidelidad hacia la misma iglesia. Sobre todo, sabiendo que ni es cuestión de fe, ni es cuestión de moral, ni es cuestión de pecado. Es cuestión de sentido común, responsabilidad y buen humor.» Y conjugando los dos verbos que dan título a la última parte del libro, escribe que «por fidelidad a la iglesia, por sentirnos iglesia y sentirnos en la iglesia, nos vemos obligados, no sólo a sentir con la iglesia sino, en algunas ocasiones, a disentir en la iglesia, a disentir razonable y responsablemente dentro de la iglesia.» (Capítulo 4, II parte, pp. 28-30.)



Hasta aquí la presentación del libro en y con "sus circunstancias". Sólo me queda unirme al autor en la afirmación de que, aun con las desafortunadas vicisitudes que han rodeado la nueva edición del libro, habrá merecido la pena su publicación si los materiales en él recogidos son de ayuda a los lectores y estudiosos del mismo para clarificar las cuestiones tratadas y, en consecuencia, contribuyen a hacer de la vida de cada persona un proyecto razonable y un quehacer responsable: manejando la vida y cuidando a las personas con la dignidad y el respeto debidos, en un mundo que progresa para situarse a la altura de los seres humanos.